

tró confortablemente instalado en los almohadones, no osó mirar hacia atrás á pesar de las ganas que sentía.

VII

Una semana poco más ó menos había trascurrido desde la conversación que Tomás tuviera con la señora Medinskaia. Su imagen le perseguía día y noche, oprimiéndole el corazón.

Quería volver á ella, resistiase á este deseo y sufría de tal modo que, de estas luchas consigo mismo, salía destrozado, desfallecido: Callábase, pero conservaba su odio contra esta mujer, al mismo tiempo que se ocupaba activamente de sus asuntos. Sentía perfectamente, de un modo confuso quizás, que entre él y ella la cadena estaba rota, que ya no la volvería á ver como ella misma, que su sonrisa afectuosa, su dulce mirada que cada vez despertaba en él tantos deseos, que todo eso ya no existía.

Y por temor á encontrarla cambiada, se violentaba y agonizaba.

Pero ni el trabajo, ni sus ocupaciones le impedían pensar en la vida.

No discutía este problema misterioso y temible: no sabía discutir, pero impresionábase con avidez y trataba de retener todo lo que pudiese referirse á este objeto cautivante.

Frases recogidas á derecha é izquierda sin explicarle nada, aumentaban su perplejidad y su desconfianza con respecto á los hombres.

Veía perfectamente que eran diestros, listos é inteligentes y que, en los negocios, era necesario andar prudentemente, pues en los casos graves ninguno decía su pensamiento.

Estas observaciones le inspiraban el sentimiento de que sus quejas no eran sinceras. Los observaba

con ojo avizor y una arruga profunda surcaba su frente.

Una mañana, en la Bolsa, su padrino le dijo:

—Anani ha llegado... quiere verte... vé esta noche, pero cuidado con la lengua. Anani tratará de hacerte hablar de negocios... Es un pícaro, el viejo diablo... Un verdadero zorro... Mirando al cielo, os desliza la mano en el bolsillo y atrapa la bolsa.. Desconfía...

—¿Le debemos algo? preguntó Tomás.

—Ciertamente, la barcaza no está pagada... y además se ha tomado madera... Si te pide el pago inmediato, rehúsa... El rublo es como la liga: cuanto más lo guardas en la mano, más kopeks vienen á pegarse.

—¿Pero qué hacer para no pagarle, si reclama?

—Déjale llorar, suplicar y tú gime también y no des nada.

—Iré, dijo Tomás.

Anani Sawitch Tchuroff era un rico comerciante en maderas, propietario de un inmenso aserradero. constructor de barcas y balsas.

Tomás le había conocido en tiempo de su padre y este viejo hermoso, de barba blanca, derecho como una I, le inspiraba un profundo respeto aunque la pública murmuración le atribuyese una fortuna mal adquirida y le acusase de llevar una vida mala en su intimidad, allá en su lejana aldea, en medio del bosque. Ignat había contado á Tomás que Tchuroff en sus primeros años era un pobre campesino. Había, un día, acogido en su granja á un presidiario evadido al que hacía fabricar moneda falsa. Este fué el principio de su fortuna.

Su granja se incendió un día y se descubrió en las cenizas el cuerpo calcinado de un hombre que tenía el cráneo partido. El clamor público acusó á Tchuroff de haberle asesinado y haber prendido fuego acto seguido.

Parecidos crímenes eran numerosos en la historia del viejo, pero tantas leyendas análogas corrían por cuenta de los ricos de la ciudad, que todos se habrían enriquecido robando, asesinando y sobre todo haciendo moneda falsa.

Tomás oía estas historias desde su más tierna infancia; nunca les había prestado atención ni tratado de comprobarlas.

Recordó también que Tchuroff había tenido dos mujeres, de las que una muriera la noche de sus bodas en los brazos de su marido.

Acto seguido había seducido á la mujer de su hijo que, de tristeza, se dió á la bebida y faltó poco para que muriera, pero finalmente curó y entró en un convento, en Irges.

Después, cuando su querida, su nuera, murió, tomó una niña muda, una mendiga, con la que vivía en la actualidad y que acababa de dar á luz un niño, muerto al nacer.

En el camino, dirigiéndose al hotel donde paraba Anani, Tomás recordó todo cuanto se decía acerca del viejo y sintió en aquel momento que Tchuroff le interesaba extraordinariamente. Cuando entreabrió la puerta detúvose respetuosamente bajo el dintel.

Encontró al viejo sentado en la cama. Acababa de despertarse; con los ojos fijos en tierra estaba tan encorvado, que su gran barba blanca se posaba en sus rodillas; pero aun así parecía inmenso.

—¿Quién es? preguntó sin levantar la vista.

—Soy yo. Buenos días, Anani Sawitch.

El viejo levantó la cabeza, cerró los ojos á medias y miró á Tomás.

—¿Eres tú, el hijo de Ignat?

—El mismo.

—Bien, ven aquí.... siéntate cerca de la ventana. ¡Vamos á ver si has cambiado!... ¿Quieres té?

—Con mucho gusto.

—¡Camarero! gritó el viejo levantando la voz.

Después, acariciándose la barba, se puso á contemplar curiosamente á Tomás, sin decir una palabra.

Tomás, por su parte, también le examinaba.

La frente espaciosa del viejo, cuyo tinte se parecía al del cuero curtido, estaba surcada de arrugas. Cabellos grises, en bucles, cubrían sus sienes y sus orejas puntiagudas; ojos azules y serenos daban una expresión de sabiduría y casi de candor á la parte superior de su rostro.

Pero sus gruesas mejillas y labios espesos, lo echaban todo á perder. Su larga nariz aguileña se escondía en el blanco bigote y los labios del viejo se entreabrían constantemente, dejando entrever unos dientes pequeños, amarillos y afilados.

Tenía puesta una camisa de percal rosa, ajustada al cuerpo por una cintura de seda, y anchos calzones negros, metidos en botas de montar.

Tomás miraba aquellos labios gruesos y se decía que era tal como se lo había figurado.

—Cuando tú eras un pequeñuelo, te parecías mucho á tu padre, dijo Tchuroff de pronto.

Y suspiró:

—¿Te acuerdas de tu padre?... ¿Ruegas por él?... ¡Es necesario orar! continuó él á una breve respuesta de Tomás. Ignat era un gran pecador... Ha muerto súbitamente sin confesarse... ¡Un gran pecador!

—No más que otro cualquiera, probablemente, replicó Tomás herido en sus sentimientos de piedad filial.

—¿Que quién, por ejemplo? preguntó severamente Tchuroff.

—¡No faltan pecadores!

—No hay más que un hombre en la tierra que sea más culpable que el difunto Ignat, y es ese mal-

dito hipócrita, tu padrino, Taschka, dijo el viejo recalcando sus palabras.

—¿Está usted seguro? preguntó Tomás con una sonrisa.

—¡Lo sé! respondió Tchuroff con tono convencido.

Y sus ojos se fruncieron.

—Yo también tengo cuentas que rendir á Dios... son pesadas... Llevaré un costal bien repleto á sus pies. Más de una vez he regocijado al diablo, pero creo en la misericordia del Señor, mientras que Taschka no cree en nada... Taschka no cree en Dios, lo sé y por esta falta de fe será castigado en la tierra misma.

—¿También lo sabéis? preguntó Tomás.

—¡También! Además, comprendo que te parecerá risible el oírme hablar así... Tú te dices: «¡Qué ojo!» Pero el hombre que ha pecado mucho... tiene que tener experiencia; el pecado instruye... Por esto es que Maiakín Taschka es de una inteligencia poco común.

Oyendo la voz ronca y segura del viejo, Tomás se decía:

«Se siente cerca de su fin».

El camarero del hotel entró en este momento pálido y como extraviado: puso la tetera en la mesa y salióse á toda prisa.

Tchuroff se había levantado, colocaba unos paquetes en el marco de la ventana y hablaba sin mirar á Tomás.

—Tú eres un insolente... y tu mirada es sombría... Antes se veían más gentes con ojos claros... es porque las almas eran más puras... Todo era más sencillo en otro tiempo, los hombres y los pecados... ahorrado se ha complicado... ¡ay de mí!

Puso el té en infusión y se afeitó frente á Tomás: A tu edad, tu padre—era trabajador á bordo de un barco enfrente de nuestra villa— á tu edad, Ignat,

me parecía tan claro como el cristal... No había más que mirarlo y se adivinaba en seguida la clase de hombre que era. En cambio, á ti no hago sino mirarte, y no te comprendo. ¿Quién eres? ¿quién? Tú mismo, joven, no lo sabes... y es lo que te perderá. Todos los hombres de hoy están perdidos, porque no se conocen ellos mismos. La vida es una selva llena de árboles arrancados por la tempestad y es menester, á través de tanto obstáculo, encontrar el camino... ¿dónde? Todos yerran... el diablo se complace. ¿Eres casado?

—Todavía no, dijo Tomás.

—Aún no estás casado, y seguramente traqueteado desde largo tiempo... ¿Trabajas mucho, á lo menos, en tus negocios?

—Bastante. Aún estoy con mi padrino...

—¿En qué trabajas ahora? preguntó el viejo meneando la cabeza.

Sus ojos brillaban, se aclaraban y se ponían sombríos consecutivamente.

—No sabéis lo que es el trabajo. Antaño, un fabricante viajaba por su cuenta en coche, entre borrascas por la noche... marchábase. Bandidos le acechaban en el camino y lo mataban... moría mártir, rescatando el olvido de sus pecados con su sangre... Ahora se viaja en vagón, se envían despachos... además, aún se ha inventado entenderse sin moverse del escritorio, y las gentes se enteran á leguas de distancia... esta es una invención que no anda sin auxilio del diablo... El hombre está quieto, sin movimiento... Peca porque se aburre; no tiene nada que hacer: los mecanismos hacen sus necesidades. ¡No tiene ningún trabajo, y sin trabajo el hombre está perdido! Se ha rodeado de máquinas y se considera perfecto. No ve que estas máquinas son justamente un lazo que le tiende el diablo. Así es como os cogel... Trabajando, el hombre no tiene tiempo para pecar, mientras que ahora tiene toda

libertad. La libertad hará perecer al hombre, como el sol mata las lombrices, habitantes del seno de la tierra. ¡El hombre perecerá por la libertad!

El viejo Anani golpeó cinco veces la mesa con el dedo, pronunciando estas palabras lenta y reposadamente. Su rostro resplandecía con una alegría malsana, su pecho se inflaba, los pelos de su barba argentada se agitaban dulcemente. Sus palabras y su aspecto hicieron experimentar cierto malestar á Tomás, pues discernía una fe inquebrantable y la fuerza de esta fe le confundía. Olvidó por el momento los antecedentes del viejo, y lo que él creía como verdadero momentos antes.

—¡El que liberta á su cuerpo, pierde su alma! decía Anani. La expresión de sus ojos era tan extraña que parecía mirar á otra persona á través de Tomás, una persona cuyo sufrimiento y terror le regocijaban.

—Vosotros, gente nueva, pereceréis por la libertad... El diablo os ha cogido en sus redes... os ha apartado del trabajo dándoos máquinas, telégrafos y la libertad devora ya las almas humanas. ¿Dime, por qué los hijos son más malos que los padres? A causa de la libertad. Si por esto es, precisamente, por lo que se emborrachan, escandalizan sus mujeres... tienen menos salud teniendo menos trabajo... han perdido la alegría, puesto que las inquietudes son mayores... La alegría viene con el reposo, y hoy nadie se fatiga...

—Vaya, dijo Tomás por lo bajo, creo que antiguamente se bebía y se escandalizaba con mujeres como ahora...

—¿Qué sabes tú? Cállate más bien, exclamó Anani con ojos llameantes. Antaño, los hombres tenían más vigor... sus pecados se medían por sus fuerzas... Hoy las fuerzas han disminuído, pero los pecados han aumentado en proporción. Y estos son más feos.. En otro tiempo los hombres eran enci-

nas... El juicio de Dios se hará según sus fuerzas... Sus cuerpos serán pesados y su sangre medida, y entonces se verá si el peso de sus pecados no es mayor que el de su cuerpo y el de su sangre... ¿Has comprendido? Dios no condenará al lobo que haya comido un cordero; pero si una rata vil ha vertido la sangre de un cordero... condenará á la rata!

—¿Cómo los hombres pueden saber del modo que Dios los juzgará? preguntó Tomás meditabundo. Es menester un juez visible...

—¿Para qué visible?

—Para que los hombres lo comprendan...

—¿Y quién puede juzgarme que no sea Dios?

Tomás arrojó sobre el viejo una ojeada, se calló y bajó la cabeza. El forzado evadido, matado por Tchuroff, vino á la memoria y de nuevo creyó que era verdad. Mujeres también, esposas y queridas habían perecido á causa del viejo, conducidas á la tumba por sus caricias pesadas. Las había aplastado con su pecho huesoso, había absorbido su sangre con sus gruesos labios, rojos aún, y como húmedos de la sangre de todas estas pobres mujeres, muertas bajo la opresión de sus largos brazos nervudos. Y él, allí, hacía balance de sus pecados, esperando la muerte oculta muy cerca de él. Juzgaba á los hombres y se juzgaba él también, probablemente... y decía:

«¿Quién puede juzgarme, sino Dios?»

—¿Tiene miedo, sí ó no? se preguntaba Tomás. Y quedó un momento pensativo contemplando al viejo.

—Así es, amigo mío. Reflexiona, decía Tchuroff meneando la cabeza; reflexiona como debes vivir... ve... tu corazón tiene débiles capitales y gustos dispendiosos... ten cuidado no hagas bancarrota contigo mismo. ¡Ja, ja, ja!

—¡Lo que tengo en el corazón, no podéis saberlo! replicó Tomás, herido por la risa del viejo.

—¡Lo veo! ¡Lo sé todo! porque hace mucho tiempo que vivo... ¡Oh! ¡sí! ¡cuánto tiempo! Árboles han sido plantados, han fructificado, los han cortado y con ellos han hecho casas!... todo lo he visto y aún vivo... A veces traigo á mi memoria mi existencia y me digo: «¿Es posible, Dios, que un solo hombre haya hecho todo esto? ¿Tantos años he vivido?»

El viejo miró á Tomás severamente, movió la cabeza y se calló. Todo quedó en silencio. En el techo un estremecimiento se dejaba oír; el ruido de los coches y la vocería subía de la calle. La tetera hervía en el fuego. Tchuroff miraba el fondo de un vaso, acariciaba su barba y un ronquido pesado salía de su pecho como si algo pesado se hubiese movido en él.

—¿La vida debe parecerte dura sin tu padre?

—Me habitúo, respondió Tomás.

—Eres rico... Jacob morirá, tú serás más rico aún, te lo dejará todo...

—No tengo ninguna necesidad de ello...

—¿Qué ha de hacer? no tiene más que una hija, tú deberías escogerla... Es tu hermana de leche, pero eso no tiene importancia. Todo se puede arreglar. Cásate... No es bueno vivir así. Apuesto á que andas de muchachas...

—No.

—¡Confíesalo! ¡ja, ja! el traficante se muere... He oído decir por un guarda forestal—quizás mintiese—que los perros eran todos lobos al principio... que después han degenerado... Lo mismo en nuestra casta, al fin seremos también perros. Estamos rellenos de ciencia y nos ponemos sombreros á la moda; ¡bah! hacemos todo lo que podemos para perder nuestra individualidad... Pronto no se nos distinguirá del resto de los hombres. Todos envían sus hijos al liceo... ¡Todo se nivela! comerciantes, nobles y burgueses. Se les viste de gris y á todos se les enseña la misma ciencia... se quiere educar á

los hombres como se cultiva á los árboles... ¿Para qué? Ninguno lo sabe. Un árbol mismo se distingue de otro, aunque no sea más que por una rama ¡y se quiere que los hombres entren todos en un mismo molde! ¡Ciertamente, que para nosotros, los viejos, es ya tiempo de ocupar el ataúd, sí! Cincuenta años más y nadie se acordará de que yo he existido, yo, Anani, apellidado Tchuroff! Y que yo, Anani, no temía á nadie excepto á Dios!... Si en mi juventud no no era sino un pobre campesino, poseyendo cortamente dos hectáreas de terreno, he amasado para mis últimos días once mil, llenas de árboles... y de dinero dos millones poco más ó menos.

—Siempre se habla de dinero, interrumpió Tomás mohino. ¿Y á pesar de todo, qué gozo encuentra el hombre en eso?

—¡Bah! refunfuñó Tchuroff. Tú harás un mal comerciante si no comprendes el valor del dinero.

—¿Quién lo comprende? preguntó Tomás.

—¡Yo! le respondió Tchuroff con fuerza, y todo hombre inteligente... Jacob lo comprende también... ¿el dinero? ¡Eh! amigo, es enorme. Póntele delante y reflexiona lo que representa. Entonces te darás cuenta: la fuerza humana, el talento humano. Millares de hombres han puesto su vida en tu dinero y millares aún la pondrán... Y tú puedes arrojar todo este dinero en el fuego y verle quemar. En ese instante puedes creerte todopoderoso.

—Eso no hace...

—Porque los imbéciles no tienen dinero... Se invierte el dinero en los negocios... los hombres encuentran su vida alrededor de esos negocios... y tú, tú eres el dueño de toda esta gente. ¿Para qué ha creado Dios al hombre? Para que el hombre se incline ante él y le suplique... él era solo y su soledad le pesaba... quería ser poderoso... Y como sabes que el hombre ha sido creado á la imagen del Señor, el hombre también busca la dominación. ¿Y quién,

pues, si no el dinero, da el poderío? Ahí ves... Vaya, ¿has traído el dinero?

—No, respondió Tomás, cuya cabeza empezaba á irse en fuerza de escuchar las largas disertaciones del viejo y que estaba encantado viendo que la conversación se encaminaba hacia el terreno de los negocios.

—¡Está mal! dijo Tchuroff severamente. El vencimiento ha pasado, es menester pagar...

—Mañana tendréis la mitad..

—¿Por qué la mitad? Da todo.

—Tenemos en este momento una necesidad extrema de fondos.

—¿Y no los tenéis? Pues el caso que yo también tengo necesidad.

—Tened un poco de paciencia.

—No, amigo mío, no esperaré... Tú no eres como tu padre... vosotros, inexpertos, no sois seguros... En un mes echaríais todo á rodar y yo sería quien sufriese... Tráeme mañana toda la suma ó hago protestar las letras, sin más consideración.

Tomás miraba á Tchuroff con sorpresa. Este ya no era el viejo que elocuentemente discurría un momento antes acerca del diablo. Su rostro y sus ojos habían cambiado de expresión; su mirada era dura, sus labios impertérritos y en sus mejillas, hacia la nariz, aparecían venitas negras en un visaje de codicia, Tomás comprendió que si Tchuroff no recibía el dinero en la fecha convenida, obraría sin piedad y deshonraría la casa haciendo protestar las letras.

—No marchan los negocios, ¿eh? preguntó Tchuroff. Dime francamente, ¿dónde has echado el dinero de tu padre?

Tomás quiso probar suerte y dijo:

—Los negocios no son excelentes... no hay pedidos.

—¡Vaya!... ¿Es necesario ayudarte?

—Sed lo bastante bueno... para aplazar el pago...

—¡Psel! por la amistad de tu padre, quizás lo haría. Pero vamos á ver...

—¿Para cuándo lo aplazaríais? preguntó Tomás.

—Seis meses.

—Os estoy reconocido...

—De nada... me debes once mil seiscientos rublos. Vas á aceptar una nueva letra, por quince mil... paga los intereses por adelantado y hago una hipoteca sobre los barcos.

Tomás se levantó de la silla y dijo sonriendo:

—Enviadme mañana las letras; las pagaré íntegramente.

Tchuroff se levantó trabajosamente, y sin bajar la vista bajo la mirada burlona de Tomás, dijo rasgando pensosamente el pecho:

—¡Sea! tampoco está mal eso...

—Gracias... por vuestra buena acogida...

—No hay por qué... No dejar hacer... á pesar de que habría sido muy bueno, dijo el viejo descubriendo sus dientes afilados.

—¡Ah! ¡Sí! ¡Cuando se cae en vuestras garras!

—¡Aprieto!...

—Y estranguláis, según se dice...

—¡Ea! ¡basta ya! dijo Tchuroff enfadado. Te creo fuerte, pero es algo pronto. Has jugado á la ganapierde y estás orgulloso... Espera que en efecto me ganes algo, y en seguida podrás regocijarte. ¡Hasta la vista! y trae el dinero mañana.

—No tengáis miedo. ¡Hasta la vista!

—¡Adiós!

Cuando iba á salir del cuarto, Tomás oyó un bostezo sonoro y después la voz del viejo que entonaba un salmo:

«¡Virgen Santa, ábreme las puertas de la clemencia celeste!...»

Tomás sacó de esta visita una doble impresión, y Tchuroff le agradaba y le repugnaba al mismo tiempo.

Repasó una á una las palabras del viejo sobre el pecado, pensó en su fe ardiente, en la misericordia divina, y un sentimiento vecino del respeto nacía en él.

«Este también habla de la vida... conoce sus pecados, pero no gime ni se queja de nada... «He pecado, responderé de mis faltas.» Sí... ¿Y el otro?»

Se acordó de la Medinskaia, y su corazón se oprimió de dolor.

«La otra representa el arrepentimiento .. no se la comprende... ¿Es para evitar que se la juzgue? ¿O bien es que en realidad su corazón sufre? «¿Quién tiene la misión de juzgarme sino Dios?» ha dicho él. Veamos esto...»

Tomás creyó sentir que estaba celoso de Anani y al mismo tiempo recordó como éste había tratado de explotarlo. Este recuerdo le llenaba de disgusto por el viejo y no llegaba á conciliar los sentimientos opuestos que le inspiraba. Estaba perplejo y pensativo cuando llegó á casa de Maiakín.

—¡Vengo de casa de Tchuroff! dijo cogiendo una silla, ante la mesa donde estaba servido el té.

Maiakín tenía puesta una bata grasienta y un libro de cuentas en la mano. Removiése en su sillón de cuero y dijo con animación:

—¡Ponle té en seguida, Liubov!... Vamos, cuenta, Tomás. A las nueve debo estar en el Consejo, habla pronto.

Tomás contó con sarcasmo el ofrecimiento de Tchuroff de renovar las letras.

—¡Bah! suspiró Maiakín con sentimiento, moviendo la cabeza. Has echado todo á perder. Si se puede ir así derecho. ¡Uf!... El diablo es quien me ha hecho enviarte á su casa. Yo mismo debiera haber ido. Le habría hecho ver lo blanco negro,

—Lo dudo. Dice: «Soy una encina...»

—¿Una encina?... y yo una sierra. ¡Una encina! La encina es un árbol magnífico, pero sus frutos no sirven sino para alimentar puercos... Resultado: la encina no es más que una imbécil.

—Pero puesto que es necesario pagar...

—¡Eso no corre nunca prisa!... para la gente lista. Pero tú, irías corriendo de buena gana á llevarle el dinero... ¡Magnífico comerciante!...

Jacobo Tarasovitch estaba realmente descontento de su ahijado. Hacía mohines y daba órdenes imperiosas á su hija, que asistía en silencio á este coloquio y servía el té.

—Acerca el azucarero... ya ves que no no puedo cogerle...

El rostro de Liubov estaba pálido, sus ojos turbados y sus gestos lentos y vagos. Tomás la miró y pensó:

«¡Qué dulzura ante su padre!»

—¿De qué le habéis hablado? le preguntó Maiakín.

—Del pecado!...

—¡Naturalmente! Cada uno aprecia su obra y él es fabricante de pecados. Bastante tiempo hace que deben gemir por él en el infierno y en el presidio... se aburren, se le espera con impaciencia.

—Habla muy bien, dijo Tomás al tiempo que deshacía el azúcar en el té.

—¿Ha hablado mal de mí? preguntó Maiakín con tono medio rencoroso, medio sonriente.

—Un poco...

—¿Qué has respondido tú?

—He escuchado...

—¡Ah! ¿y qué has oído?

—«Serán perdonados los fuertes, para los débiles no habrá perdón...»

—Qué ingenio! Las pulgas mismas saben eso.

Esta manera desdeñosa de tratar á Tchuroff des-